

CAPÍTULO 1 DE MUESTRA • REGALO DEL CLUB DE LA NAVE
GLOBO



Luna y Misi

Muy lejos de casa

Alejandro Martín Cruz

CAPÍTULO 1

Una niña, un gato y un jardín sin fin

Hace mucho tiempo, en un lugar que bien podría estar cerca de tu casa, había una casita pequeña rodeada de flores. Dentro vivía una niña llamada Luna. Fuera, tumbado sobre la hierba tibia del jardín, vivía su gato Misi.

Conviene decirlo cuanto antes: Misi no era un gato de los que caben en un cesto ni en un regazo. Era un gato grande, grande de verdad, tan alto como la mesa de la cocina, con un lomo ancho donde Luna cabalgaba en sus mejores aventuras y un pelo espeso donde los dedos desaparecían hasta los nudillos. La gente del pueblo, al verlo pasar, decía «menudo gato». Y se quedaba corta.

Luna tenía un talento asombroso: convertía cualquier tarde aburrida en una aventura enorme. Una escoba era una guitarra eléctrica. Una cacerola de la cocina se convertía en un casco de caballero, con el que protegerse en miles de aventuras. Y Misi... Misi podía convertirse en lo que hiciera falta.

—Hoy eres un dragón —anunció Luna una mañana, de pie sobre una piedra del jardín, con los brazos abiertos como si acabara de descubrir el fuego.

Misi bostezó, estiró las patas una a una y la miró con sus ojos color miel.

—Ayer fui un caballo. Anteayer, un barco pirata. Empiezo a pensar que nunca voy a ser solo un gato.

—Es que nunca has sido solo un gato —respondió Luna, muy seria, como si acabara de decir la verdad más importante del mundo.

Y tenía razón. Porque Misi guardaba un secreto bajo los bigotes: sabía hablar. Pero solo hablaba con Luna. A los vecinos les maullaba como cualquier gato. Al cartero ni siquiera lo saludaba. Con Luna, en cambio, decía exactamente lo que pensaba, y lo decía con una vocecita tranquila que parecía llevar toda la vida esperando su turno para hablar.

Nadie sabía por qué. Ni siquiera ellos.

Aquella mañana, el dragón Misi rugió con mucho cuidado —bajito, para no asustar a las gallinas de la vecina—, custodió un tesoro de piedrecitas brillantes y persiguió a Luna entre los rosales hasta que los dos cayeron de espaldas sobre la hierba, sin aliento, riendo.

—Un dragón cansado necesita queso —dijo Misi, recuperando el aire.

—Los dragones no comen queso.

—Este sí.

Luna se rio tan fuerte que espantó a un mirlo del tejado.

Por la tarde, el juego cambiaba. Una manta de cuadros se convertía en mar, y una caja de cartón —encontrada semanas atrás detrás de la tienda del panadero— se convertía en un Castillo Inexpugnable, con cien torres, un foso invisible y un dragón guardián que, para su sorpresa, se parecía mucho a Misi.

—Ese foso no existe —señaló Misi, enroscado muy digno alrededor de la caja, como se enroscan los dragones de verdad alrededor de sus castillos.

—Los fosos imaginarios son los más seguros del mundo —contestó Luna, subiendo la escalera invisible del castillo—. Nadie se cae jamás en ellos.

—Ese es justo el tipo de razonamiento que me preocupa —murmuró Misi, aunque en el fondo también sonreía.

Así se les pasaban las mañanas, y así se les pasaban las tardes, una detrás de otra, hasta que la voz de mamá llegaba flotando desde la ventana de la cocina:

—¡Luna! ¡La cena!

—¡Un minuto más! —gritaba Luna, sin moverse ni un centímetro.

—Un minuto tuyo son veinte minutos de verdad —murmuró Misi, que ya caminaba hacia la puerta con la cola muy derecha—. Lo sé porque llevo contándolos desde que naciste.

—Eso no es cierto.

—Es casi cierto. Que es lo importante.

Luna se quedó un momento más mirando el cielo, que empezaba a teñirse de naranja, antes de correr detrás de él.

Después de cenar —sopa caliente, pan tierno y una manzana que Luna prometió guardar "para más tarde" y que, por supuesto, no llegó a más tarde—, salió otra vez al jardín para dar las buenas noches a las flores. Lo hacía cada noche, una por una, desde que tenía memoria. Misi la acompañó despacio, como siempre.

El cielo ya estaba oscuro. Las primeras estrellas se encendían, tímidas, como si no estuvieran del todo seguras de haber sido invitadas a la fiesta.

Y entonces Luna la vio.

Redonda. Pálida. Enorme aquella noche, más que nunca, colgada justo encima del tejado, como si alguien la hubiera colocado ahí a propósito.

—Misi —dijo, sin apartar los ojos del cielo—. Llevo toda la vida mirando la luna desde aquí abajo.

—Es lo normal —contestó Misi—. Nadie la mira desde arriba.

—Esa es la cuestión.

Se quedaron un rato callados, cosa rara en los dos. Luna intentaba imaginar cómo sería el suelo allá arriba: si sería de polvo, de nube o de alguna otra cosa que nadie en el mundo hubiera tocado todavía. Misi, mientras tanto, pensaba que el silencio de Luna nunca duraba mucho, y que cuando se rompía, solía traer algo enorme detrás.

No se equivocaba.

Misi giró una oreja despacio. Conocía esa voz que venía en camino. Era la voz de las ideas gigantes.

—Luna —dijo, con cierta precaución—. ¿Qué se te ha ocurrido?

Ella se volvió hacia él. En sus ojos brillaba algo que no era solo el reflejo de las estrellas.

—Se me ha ocurrido la aventura más grande de todas.

Misi tragó saliva. O lo habría hecho, si los gatos supieran tragar saliva de los nervios.

—Últimamente, cada vez que dices esa frase, terminamos con arañazos, barro en las orejas, o los dos atascados en la copa de un árbol.

—Esta vez es diferente.

—Eso también lo dijiste la vez del árbol.

Pero Luna ya no le escuchaba. Miraba la luna con una sonrisa pequeña, decidida y un poquito peligrosa: la misma sonrisa que aparecía justo antes de sus mejores ideas.

Y también antes de las peores.

Y aquella noche, sin que nadie lo supiera todavía —ni siquiera ellos—, empezó de verdad esta historia.

¿Queréis saber cómo sigue? 🌙

Esto era solo el principio. Luna y Misi están a punto de viajar mucho, muchísimo más lejos de lo que imaginan...

«Luna y Misi: Muy lejos de casa»
ya está a la venta en Amazon.

amazon.es → busca «Luna y Misi»

lunaymisi.com

© Alejandro Martín Cruz. Este capítulo de muestra puede compartirse tal cual, sin modificar. El libro completo no puede reproducirse sin permiso.